

LA HEGEMONÍA INTELECTUAL DE LA IZQUIERDA PROGRESISTA*

Roger Scruton

La hegemonía, en el mundo de la cultura, sigue en manos de una izquierda intelectual y progresista. Su influjo se extiende incluso a buena parte del clero. ¿Cómo explicar este fenómeno? ¿Qué define el pensamiento del progresismo de izquierda?

Por cierto, etiquetas como “izquierda” y “derecha” no son muy precisas y su interpretación siempre depende del contexto. Es particularmente difícil ver qué es lo que significan en Estados Unidos, donde la persona que nosotros aquí en Gran Bretaña describiríamos como “izquierdista”, normalmente es llamada “liberal”. No obstante, puedo trazar un rápido esbozo de lo que entiendo por ideas de “izquierda”, que bastará para identificar la mentalidad que ellas expresan:

ROGER SCRUTON. Profesor visitante de Filosofía en el Departamento de Filosofía, Birkbeck College, Londres. Ha sido profesor visitante en numerosas universidades, entre ellas Princeton, Stanford, Cambridge y Boston University. Editor de *The Salisbury Review*. Autor de numerosos libros en los campos de la filosofía, teoría política, crítica y narrativa.

* Se han omitido los párrafos iniciales de este ensayo por estar referidos a circunstancias particulares, principalmente inglesas y de hace algunos años. (N. del T.)

“The Left Establishment”, tomado del libro de Roger Scruton, *Philosopher on Dover Beach (Essays)* (South Blind, Indiana: St. Augustine’s Press, 1998; © 1990, 1998 Roger Scruton). Publicado por primera vez en *The Salisbury Review*, diciembre 1988. Traducido al castellano por Marlene Hysloph, y publicado en esta edición con autorización del autor.

Una creencia fundamental en la igualdad humana, acompañada de una hostilidad a toda distinción, ya sea de clase, raza o género.

Desconfianza del “poder” y falta de convicción en que el poder que nos rodea pueda ser legítimo, aun cuando esté en manos de otros y no en las propias.

Hostilidad hacia todo lo que confiere poder, especialmente hacia las empresas, los negocios y el mercado.

Un enfoque “crítico” de la sociedad donde “el poder” y el “conflicto” se perciben y se desenmascaran en todas partes.

Identificación paradójica con los enemigos externos del poder, especialmente con aquellos Estados que representan una amenaza a la seguridad de las naciones occidentales.

Disposición a creer en la buena fe de aquellos que hablan el idioma de la “liberación” y la “lucha”.

Sentimiento de culpabilidad por su país y por su pasado —la actitud descrita en Norteamérica como la “postración liberal”, que es una especie de vergüenza de sus propios antepasados, por haber creído en su propia superioridad y por haberse hecho superiores gracias a esa fe.

Antipatriotismo, por lo general acompañado de una burla de los sentimientos patrióticos, o una guerra abierta contra estos sentimientos por considerarlos formas de “militarismo”.

Esas ideas y actitudes forman un nexo coherente y exigen una sola explicación, una explicación de por qué el “intelectual pensante” tiende a repudiar ese mismo orden social que le brinda tiempo libre para pensar, para enseñar y para incitar al cambio. No es necesario tomar partido en el conflicto ideológico subyacente para darse cuenta de que dicha explicación debe darse pronto. En los días del maccartismo, no era de extrañar que las universidades, los colegios y las publicaciones tendieran a manifestar los mismos temores y fanatismos del mundo que los rodeaba; esto no requiere de ninguna explicación en especial. Pero cuando en el mundo intelectual surge un consenso de izquierda aparentemente inamovible, en el preciso momento en que la mayoría de la gente está dándole la espalda a las formas de pensar izquierdistas, nos enfrentamos a un hecho interesante y en ciertos sentidos sorprendente. Por primera vez en nuestra historia descubrimos una hegemonía intelectual de la izquierda progresista a escala completa, en el preciso momento en que el tan buscado apoyo del electorado de izquierda —el proletariado industrial— ha terminado por desaparecer, no sólo del mundo real sino de la imaginación popular también.

Además, no sólo la marea de la opinión popular está alejándose de las ideas socialistas —al menos de aquellas que parecen querer legitimar el

control de la sociedad por el Estado—, sino que nadie las expresa con convencimiento, ni siquiera aquellos que dicen creer en ellas. La única fuerza que las hace atractivas es la de oponerse al enemigo, cuya maldad, sin embargo, es tan grande que las dota de una fuerza inspiradora que se renueva constantemente.

Creo que el caso presenta un desafío inédito a las teorías de la ideología. ¿Cómo se explica el crecimiento de esta “hegemonía intelectual de la izquierda progresista”, y qué nos dice de las condiciones sociales del mundo “capitalista”? Lo primero que llamará la atención de quienes estudian a Marx es que esta ideología, que predomina en las iglesias, los colegios y las academias, así como en gran parte de la prensa y de la televisión, no es la ideología de la “clase gobernante”. El caso se debe contrastar con la situación en los “países socialistas”, donde la ideología es expresamente difundida y mantenida por la *nomenklatura*, pese a que ni los miembros de esa clase (gobernante) ni los que están sometidos a ella tienen la más mínima disposición a creer en ella. En el mundo occidental la “clase gobernante” puede significar una de dos cosas: aquellos que controlan los “medios de producción”, o aquellos que controlan los instrumentos del poder político. En Gran Bretaña ninguno de estos dos grupos se inclina hacia la izquierda, y ambos son despreciados y ridiculizados por la intelectualidad de la izquierda progresista. En cuanto a este aspecto de la teoría marxista, esto no nos aporta, por lo tanto, ninguna explicación sobre la ideología gobernante.

Antes de volver a Marx, plantearé dos alternativas. Primero, la teoría del “adoctrinamiento”. Se podría decir que una hegemonía intelectual debe sus ideas, principalmente, a lo que se enseña en los colegios y en las academias, y que esto ofrece la oportunidad de “ejercer el control desde arriba” que ningún activista de izquierda que se respete desaprovecharía. Cualquiera puede dirigir un “movimiento de ideas” siempre y cuando no haya resistencia, o que ésta llegue sólo cuando es demasiado tarde. Una vez que se llenan los cargos decisivos, se instalan los burócratas decisivos, se escriben los textos decisivos y se decreta su obligatoriedad, la reeducación de la intelectualidad se impone como algo natural.

David Marsland¹ ha demostrado que esto es lo que ha ocurrido con la sociología en Gran Bretaña, luego de analizar todos los principales textos de estudio escolares sobre esta materia y de constatar que son tan manifiestamente sesgados hacia la izquierda y tanto desprecian los escasos argumentos “derechistas” que mencionan, que constituyen poco menos que un ejercicio sostenido de adoctrinamiento. A continuación lo ilustraré con un

¹ D. Marsland, *Seeds of Bankruptcy*, Londres, 1988.

ejemplo mío, tomado del principal texto de estudio que se usa para enseñar sociología en los colegios:

La desigualdad del poder y de los privilegios ha sido una característica muy común, si no universal, de las sociedades humanas, aun cuando el grado de desigualdad ha variado enormemente. Casi siempre se ha dado que algún grupo o grupos han dominado o explotado a otros grupos. En algunos momentos de la historia de una determinada sociedad, el pueblo se ha rebelado contra esta desigualdad y la ha desafiado; en otros, en cambio, ha aceptado sumisamente su subordinación².

El párrafo introduce el debate sobre la desigualdad en un libro que profesa abiertamente el valor de la sociología como catalizadora del cambio social. De este párrafo, y de la discusión que sigue después, se deducen tres conclusiones inevitables, y éstas obviamente favorecen la agenda política: que la desigualdad es inherente a la existencia de grupos “controladores” o “explotadores”; que cuando la gente se ha rebelado contra dichos grupos es para desafiar la “desigualdad”, y que cuando no se rebelan es porque aceptan “sumisamente” la “subordinación”. Ahora bien, es cierto que algunas teorías defienden esas conclusiones; la más importante de ellas es el marxismo. Pero el marxismo es una teoría con un programa político, y la gente que no acepta dicha teoría ni está de acuerdo con ese programa, naturalmente no querrá ver que esas conclusiones se den por sentadas en el curso de un debate que debe cuestionarlas.

La discusión política respecto a la igualdad es muy amplia. No obstante, existe una posición de derecha que sostiene lo siguiente: primero, no es la desigualdad sino la igualdad la que requiere de “grupos controladores” para su consecución; segundo, la explotación no ocurre en la distribución social de bienes y ventajas (por muy desigual que sea la distribución) sino en las relaciones coercitivas entre la gente, y por lo tanto, puede haber explotación aunque exista igualdad; tercero, no es la desigualdad lo que la gente resiente o contra lo cual se rebela, sino la tiranía, incluso la tiranía que tiene como meta la “igualdad social”, y finalmente, la subordinación ocurre sólo donde existe coerción y no donde las relaciones económicas se basan —como sucede en el mercado— en el consentimiento. Esta posición no es en absoluto poco común ni académicamente escandalosa —salvo que se crea que Hayek y Nozick (ambos la han defendido) son académicamente escandalosos. Sin embargo, los autores del párrafo citado más arriba no la mencionan, ni hasta donde yo sepa, *ningún otro autor de algún texto de*

² Tony Bilton *et al.*, *Introducing Sociology*, Londres, 1981.

estudio de sociología de algún colegio. Tampoco se presta atención alguna al pensador que ha cuestionado en forma más exhaustiva los valores igualitarios —Nietzsche—, cuya descripción de la “moral de esclavitud” (la típica moral de la intelectualidad de la izquierda progresista), por extraña que les parezca a los filósofos, es una auténtica pieza de sociología. Yo no digo que esas “ideas de derecha” sean correctas, pero constituyen un caso digno de controversia, y el lenguaje mismo del párrafo citado refleja una determinación de no responder, y ni siquiera de sugerir, la pregunta que ellas plantean.

Pongo este ejemplo para ilustrar un proceso que no sólo se puede encontrar en la sociología, sino en casi todas las disciplinas de las humanidades (y especialmente en las que se refieren a las preocupaciones de aquellos para quienes la vida intelectual va acompañada de la acción política). Ha surgido un nuevo tipo de discurso académico, que sólo en la superficie es un discurso de cuestionamiento, y que tiene el propósito más urgente de cerrar filas en torno a ciertas premisas no examinadas y de movilizar los recursos de la academia en la tarea de su legitimación. Esta práctica se combina con otra, la de la crítica ideológica, en la cual los textos y los supuestos de materias tradicionales se exponen a una especie de cuestionamiento de tercer grado, con el fin de revelar las premisas ocultas en *ellos*. Se repudia el lenguaje mismo de la literatura tradicional, debido a sus supuestos “patriarcales” o “autoritarios”, y los textos no se estudian tanto por lo que dicen como por lo que está implícito en el hecho de decirlo. La comprensión y la afinidad dan paso a lo que Paul Ricoeur ha llamado la “hermenéutica de la sospecha”: la persecución obsesiva del “poder” y la “opresión” que se ocultan en el discurso tradicional. Como resultado de estas dos prácticas, las humanidades quedan abiertas a una absoluta politización, y la intelectualidad de la izquierda progresista controla el currículum, el método y la ideología de estudio.

Pese a dichas prácticas, no creo que podamos aceptar la “teoría del adoctrinamiento”. Aceptarla es cometer una de las ingenuidades contra las cuales la historia del marxismo debería ponernos en guardia. Es atribuirle demasiada influencia a la planificación consciente, y no la suficiente a la “mano invisible”. ¿Qué es lo que explica el crecimiento de la sociología, en primer lugar, y la penetración en las escuelas de una materia que no tiene una disciplina acordada y que se presta tan fácilmente para un programa político? ¿Qué explica la fácil aceptación de un adoctrinamiento tan transparente como el que he descrito, o el vasto y simultáneo crecimiento de la crítica “ideológica”? ¿Y cómo se explica el silencio de los propios académicos ante el torrente de material semiculto y notoriamente político que corre alrededor de ellos?

Es cierto que hay que pagar un precio por criticar a la izquierda progresista, y esto es una fuerte presión para el conformismo. Pero este castigo es parte de lo que se debe explicar. Tal vez a estas alturas sea útil considerar un ejemplo, y espero que me perdonen por relatar experiencias propias. Hace poco publiqué una serie de ensayos bajo el título *Thinkers of the New Left*, que originalmente aparecieron en la *Salisbury Review*. Estos ensayos sostenían, entre otras cosas, que las principales autoridades adoptadas en la enseñanza de las humanidades y de las ciencias sociales no tienen gran importancia intelectual, y deben su atractivo a que son ideológicamente “correctas”. El libro recibió un trato pésimo en la prensa británica, y por añadidura apareció en las ediciones *samizdat* en checo y en polaco. La respuesta característica la ilustra una carta al editor enviada por el doctor Michael Shortland, que enseña filosofía en el Departamento de Estudios Exteriores en la Universidad de Oxford. (Shortland también es editor de los comentarios de libros de la revista *Radical Philosophy*, dedicada a la divulgación de ideas socialistas.) “Debo decir”, escribió el doctor Shortland, “que he estudiado el asunto seriamente (es decir, si criticar o no la obra *Thinkers of the New Left*) con mis colegas de esta Facultad de Filosofía (v. gr., de Oxford). Sin excepción, la opinión general fue que la obra es tan vil y burda que merece la menor publicidad posible. Ustedes ya habrán podido calibrar las críticas en extremo desfavorables que ha recibido el libro. Pero puedo decirles, con consternación, que muchos colegas piensan que la editorial Longman —muy respetada por lo demás— se ha visto desprestigiada por su asociación con la obra de Scruton.” Más adelante Shortland repite el tono levemente amenazador en forma más enfática: “Espero que las reacciones negativas generadas por esta publicación en particular lleve a Longman a pensar más cuidadosamente su política en el futuro”.

En esa misma época, más o menos, mi nombre había sido propuesto para ocupar una cátedra en mi propia universidad, honor que sólo puede ser conferido con la recomendación de ciertos asesores externos permanentes. El primer asesor consultado (que es profesor de una universidad británica) respondió con una carta muy interesante. Él no habría tenido ningún inconveniente en recomendarme, decía, antes de que mis artículos empezaron a aparecer en el *Times*, y en virtud de mi trabajo académico; pero dichos artículos eran la prueba real de mis capacidades intelectuales y demostraban en forma categórica que yo no merecía una promoción. En otras palabras, el asesor infería incompetencia intelectual de mi disidencia ideológica; y no le pareció nada extraño ignorar el trabajo académico de un candidato, y concentrarse en su periodismo dogmático, al evaluar su capacidad para un cargo académico.

No creo que mis experiencias sean atípicas; éstas me han convencido de que el castigo por criticar en forma abierta la ideología dominante —sobre todo si esa crítica proviene del *interior* de la universidad— es más o menos automático y entendido en forma espontánea, por quienes lo administran, como una justa retribución por el error intelectual cometido. Es así como nació la idea de que el Partido Conservador es un “partido estúpido”, es decir, no porque aquellos que lo apoyan sean realmente estúpidos, sino porque sus opositores son gente que ha *identificado* su propia posición con la vida intelectual.

Cuando la presión hacia el conformismo ideológico ha adquirido un carácter automático como éste, no deberíamos tratar de entenderla como el resultado de un plan, sino que deberíamos buscar la explicación en una “mano invisible”, del tipo que ofrecen los teóricos del mercado. Esto me lleva a una segunda teoría sobre la hegemonía intelectual de la izquierda progresista: la teoría de la “elección pública”, como la exponen James Buchanan y los economistas de la “Escuela de Virginia”. Según esta escuela de pensamiento, las sociedades modernas tienden a generar áreas de ventajas que son liberadas de las restricciones del mercado económico por el mercado del poder político. Por ejemplo, los servicios que ofrece el Estado invariablemente están resguardados de la posibilidad de caer en bancarrota, y sus funcionarios quedan inmunes a la competencia económica. Asegurarse un cargo en una actividad de servicios controlada por el Estado es adquirir un interés de por vida en el producto social, una garantía perpetua contra el desastre. Se ofrece una nueva oportunidad para lo que Buchanan llama “la búsqueda de rentas” (“*rent-seeking*”), esto es, el proceso mediante el cual una persona puede obtener una renta por actividades económicas cuyos riesgos no recaen sobre sus hombros. Las personas que se han asegurado estas entradas forman un “grupo de interés” natural, cuya principal preocupación es maximizar los recursos dirigidos hacia su actividad, y asegurarle a cada uno de sus miembros su permanencia en el cargo. De ahí la ley del crecimiento burocrático, descubierto por Parkinson, y universalmente confirmado desde entonces.

La ideología presta dos servicios muy útiles a los “buscadores de renta” (*rent-seekers*). Primero, mantiene la coherencia del grupo frente a una amenaza externa. Las convicciones ideológicas tienden a establecer una separación entre “nosotros” y “ellos”: ofrecen un criterio para pertenecer al grupo, el cual refuerza la unidad de éste y al mismo tiempo levanta una barrera contra los advenedizos. Un grupo de interés unido por una ideología tiene muchas más posibilidades de obtener el control de la renta porque es menos probable que sus miembros compitan entre sí para conseguirla, y

es más probable que se apoyen unos a otros en contra de los rivales externos.

Además, la prueba ideológica que hay que pasar para pertenecer al grupo tiene el efecto de destruir los criterios rivales, sobre todo aquellos que podrían volver a introducir una verdadera competencia en las áreas donde se pueden obtener las rentas. Por ejemplo, lo normal sería suponer que los cargos en el servicio público —ya sean en educación, trabajo social o salud— deberían estar “abiertos a los más talentosos”, y obtenerse o perderse sólo en base a la capacidad. En el campo de la educación, esto significaría que la inteligencia y la cultura deberían ser las principales calificaciones para el cargo. Ahora bien, una ideología puede *hacerse pasar* como signo de inteligencia y cultura. Puede proporcionar un modelo fácilmente comprensible de dichas virtudes y mostrar exactamente cómo adquirirlas. De modo que la ideología permite que los educadores monten una charada de competencia y mantengan una charada de estándares, cuando en realidad lo que están haciendo es ofrecer “puestos para los muchachos”.

La ideología de izquierda es particularmente efectiva en este sentido, puesto que su idea dominante es la igualdad. En el fondo, es un ataque sostenido al concepto de mérito; porque mientras aparenta apoyar los estándares, siempre termina por socavarlos. Por su propia naturaleza, se inclina hacia la gratificadora conclusión de que ningún criterio es realmente importante, porque todas las personas son iguales y toda discriminación es arbitraria e injusta. La única calificación que puede reconciliarse con la conciencia es la de la ideología. Por lo tanto, el que admite lo injusto que son los privilegios es el que merece recibirlos.

En el contexto de la “búsqueda de rentas”, el grupo de interés unido por la ideología de la izquierda progresista goza de un privilegio darwiniano. Se puede presentar como capaz por los mismísimos criterios que determinan el marco de competencia aceptado, al mismo tiempo que destruye ese marco, para instalarse firmemente en el trono. Neutraliza toda competencia entre sus miembros, mientras en realidad excluye a sus rivales sobre las mismas bases que ellos supuestamente respetan.

Esto explica dos hechos muy importantes: la vehemencia con que se condena al crítico interno y el lenguaje que se usa para condenarlo. El crítico interno es un peligro existencial: a diferencia del que ha sido excluido con éxito, no es un rival de negocios, sino un traidor potencial a la causa de la cohesión del grupo. Hay que señalarlo, denunciarlo y expulsarlo del rebaño. Por lo general se le condena por *elitista*: es decir, alguien que cree demasiado seriamente en las virtudes de la competencia, en la escasez de logros reales y en la desigualdad de los hombres. Cuando el crítico se pone

muy amenazador, debe ser expulsado, tal vez con el montaje de un juicio, por los colegas heridos que protestan por el “ambiente de intimidación” que ha creado. (Este ambiente de intimidación fue advertido hace poco por los funcionarios de la Universidad Abierta, tras un documento anónimo preparado por los estudiantes, en que se criticaba el sesgo izquierdista de ciertos cursos. También lo notaron los funcionarios del Darmouth College, quienes, al suspender a los estudiantes responsables, celebraron la vuelta de las “libertades académicas” que la presencia de aquellos vigilantes derechistas habían coartado.)

La teoría de la “elección pública” en relación a la hegemonía intelectual de la izquierda progresista tiene sus méritos, y se puede comparar en forma muy interesante con la clásica teoría marxista de la ideología. Igual que el marxismo clásico, la teoría ofrece una explicación *funcional* de la ideología; pero rechaza claramente la pretensión marxista de que el beneficiario es la clase gobernante. El beneficiario, según la explicación de la “elección pública”, es el que cree en ella y el grupo de interés al que pertenece.

Tal vez el mérito más grande de esta teoría sea que permite explicar la posición, que de lo contrario sería algo desconcertante, de los académicos liberales. De un modo general, unos y otros se mantienen gracias a las rentas provenientes del sistema público de bienestar social. Su tolerancia y apertura mental son las virtudes de quienes están libres de la amenaza de un desastre, ansiosos de conceder beneficios, los que pueden otorgar sin ningún costo para ellos mismos. Sin embargo, su situación está asegurada sólo en la medida en que consiguen la aprobación de los nuevos “buscadores de renta”, cuyo ascenso ellos ampararon gracias a su disposición a defender todos los puntos de vista y los derechos de todos los grupos. Una vez instalada, la hegemonía intelectual de la izquierda progresista constituye una amenaza potencial para los liberales que los ayudaron a llegar al poder. Tienen que cuidarse de no ser identificados con los criterios de la competencia intelectual y de la cultura enraizada que asustan a los nuevos bárbaros. Son útiles para la izquierda, como protectores del espacio moral en el que la ideología puede florecer y fortalecer sus posiciones. Pero pobre del que se salga de la línea —que vaya a revelar su simpatía por ideas elitistas, racistas, sexistas o, de cualquier otra manera, por ideas antiigualitarias que amenacen los derechos de conquista—, porque entonces él también tendrá que aceptar las consecuencias de la enemistad. De modo que los liberales siempre están tratando de distanciarse de sus colegas derechistas y cooperarán tácitamente con la izquierda para excluirlos de las rentas disponibles.

La teoría de la “elección pública” explica el surgimiento de la hegemonía intelectual de la izquierda progresista dentro del sistema de bienestar social del Estado, o dentro de alguna otra área de renta asegurada. Pero ¿acaso explica el surgimiento de este mismo tipo de grupo de poder entre los sacerdotes, cuya vocación implica un sacrificio y no una ganancia material? ¿O en los medios de comunicación, donde la fiera competencia siempre va a dividir a cualquier grupo de interés que se sostenga por los amarras ideológicas? Me parece que no. Yo diría que en estos casos estamos frente a una “clerecía” (*clerisy*): una clase de personas que se identifican a sí mismas, en relación con el prójimo, como instructores, consejeros y guías. Y pareciera que hay algo en este mismo rol, en un mundo donde la fe está declinando, que vuelca a sus adherentes hacia la izquierda.

El papel del escriba (*clerk*) —ya sea sacerdote o profesor— es mediar. Él transcribe e interpreta para otros el mensaje de una autoridad superior. Ese rol está dotado de dignidad y ennoblece a quien lo desempeña, puesto que le confiere al escriba algo del fulgor de la autoridad. Las tradiciones asociadas al aprendizaje, el cuerpo de conocimientos y las revelaciones de la fe, todos hacen una distinción entre aquellos que los poseen y los que no. La función mediadora de la institución le otorga al escriba autoridad; en esas circunstancias, éste será sensible al mérito y a los privilegios, y poseerá un vívido sentido de la legitimidad de los poderes en que se sustenta su cargo.

Si se elimina la fe en una autoridad superior —en Dios, la civilización o una tradición dada de aprendizaje—, el rol del mediador se derrumba. El escriba queda ante sus propios ojos como un necio, como el intérprete de una autoridad en la cual ya no cree. Deja de ser superior a su alumno y se empeña en negar cualquier insinuación de que su privilegio y su posición son los signos de una verdadera desigualdad. La actitud de la “intelectualidad de la izquierda progresista” que he descrito surge espontáneamente entre la gente sometida a esta situación emocionalmente agotadora.

Sin embargo, si esto es correcto, plantea una interesante pregunta acerca de la idea de lo que es una universidad. ¿Hasta qué punto existe realmente una “educación liberal”, como se le llamaba antes, en el mundo moderno? Cuando Von Humboldt y Matthew Arnold montaron su defensa de la cultura, y el cardenal Newman su vindicación de la universidad, todos dieron por sentado que la libertad de pensamiento era tanto parte de la educación humanista como un ingrediente necesario para el progreso científico. Nadie suponía que los resultados de esta libertad se podían conocer por adelantado: dicha suposición es una contradicción tanto en las humani-

dades como en las ciencias naturales, y todos imaginaban que una cultura unificadora podía persistir y enriquecerse mediante un proceso de cuestionamiento, y ser un legado para a las futuras generaciones sin verse rebajada.

Esto, evidentemente, no ha sucedido. De acuerdo con los estándares que fijaron los académicos del siglo diecinueve hemos sido testigos de una declinación, no sólo de la capacidad intelectual de los académicos, sino de su estatura cultural y autoridad espiritual. Es más, la enseñanza auténticamente liberal está en retirada en todas partes.

La educación liberal sólo florece cuando es posible creer en la excelencia humana. Se sustenta en una larga tradición de pensamiento universalista; sus raíces se encuentran en la filosofía griega, la religión cristiana y el derecho romano. No obstante, como lo ha demostrado en forma mordaz Alain Finkielkraut³, esta tradición universalista ahora es cuestionada como la fuente del “chauvinismo” y “racismo” que el propio liberalismo ha luchado por erradicar. La mentalidad liberal es igualitaria, en el sentido de que brinda el mismo respeto a todas las personas. Mas no puede sobrevivir al intento de crear una cierta “igualdad de resultados” o siquiera una “igualdad de oportunidades”, que ignora las más elementales diferencias que existen entre nosotros: incluso la diferencia entre aquellos que son buenos para hacer algo y aquellos que no lo son. Se predica por fe: fe en el proceso civilizador, en valores universales y —por último— en el Dios que es su garantía. El oficio sacerdotal sólo es posible en la medida en que el escriba crea en la *autoridad* de sus enseñanzas, y en él mismo como mediador entre la autoridad y la ignorancia.

El efecto de la hegemonía intelectual de la izquierda progresista es, por lo tanto, el de poner en peligro la educación liberal que la hizo posible. La ideología igualitaria es proclive a extenderse y a instalarse. Es suave y tranquilizadora; también sirve, como lo he sostenido, para neutralizar la amenaza que representa el talento. Es vengadora sólo con sus traidores internos y ocupa el sillón del privilegio en forma bastante benigna, siempre y cuando sea cuestionada desde fuera de su territorio sagrado. Seguirá conduciendo toda la educación hacia su dirección preferida, fabricando “sujetos”, “autoridades” y “métodos” que no tienen nada que los recomiende fuera de sus supuestos igualitarios. Sin embargo, paulatinamente, a medida que los estudiantes perciban la inutilidad de sus estudios, las universidades van a perder a sus seguidores, igual como las iglesias están perdiendo a los suyos. Sólo la voz de la autoridad puede despertar en ellos el deseo de aprender, y un escriba sin autoridad no tiene nada serio que enseñar. □

³ Alain Finkielkraut, *The Undoing of Thought*, traducción al inglés de Dennis O’Keeffe, Londres, 1988.